



Vol. 10, No. 3, Spring 2013, 420-457
www.ncsu.edu/project/acontracorriente

**Eric J. Hobsbawm y Alberto O. Hirschman:
ciencia, compromiso y realidad**

José Ramón García Menéndez
Universidad de Santiago de Compostela

I

Eric J. Hobsbawm (1917-2012): Intrigas de la historia, América Latina como tarea y el pretexto del jazz

Amigos, colegas, estudiantes, camaradas..., relacionados con el universo académico político y editorial de la Historia (y que no se habían repuesto de la silenciosa desaparición de Eugene Genovese, que Hobsbawm admiraba por su meticuloso trabajo histórico en torno a la dimensión socioeconómica del esclavismo y su relación con el desarrollo del capitalismo en Norteamérica), no dejaron de comentar—en la entrada del Royal Free Hospital de Hampstead en el que el historiador falleció el 1 de octubre de 2012—la justicia poética que representa la proximidad del cementerio de Highgate, donde está enterrado Carlos Marx, a quien Hobsbawm dedicó una buena parte de su vida académica.

En el umbral del siglo XX

No tengo el talento ni de un Rousseau ni un San Agustín. Lo único que busco es comprensión histórica: no acuerdos, ni simpatía, ni aprobación.

—E.J. Hobsbawm

Europa inicia el siglo XX con un *espíritu de época* enrarecido—en términos schumpeterianos—que vaticina futuros eventos cruentos. El parto de la historia secular fue múltiple y no menos sangriento: desde la violenta descomposición del imperio austro-húngaro y la caída del zarismo al triunfo de la revolución soviética y la agonía del orden colonial español... Ni siquiera las negociaciones y la letra del Tratado de Versalles—que remodela el mapa geopolítico europeo tras la I Guerra Mundial—dota estabilidad a un continente maltrecho por el conflicto bélico.

Aún más: las condiciones del armisticio y las duras cláusulas de las indemnizaciones de guerra que los países aliados imponen a Alemania presagiaban una reacción visceral de la potencia vencida. Así lo entendió un lúcido J.M. Keynes cuando abandona abruptamente la delegación inglesa como protesta ante la mezquindad de los vencedores. Para Keynes “las consecuencias económicas de la paz” estipuladas en las leoninas condiciones de las reparaciones de guerra suponían la antesala del capitalismo de excepción y el abono de los atavismos nacionalistas en Alemania, anticipando el ascenso de Hitler.

En estos años, Viena se convierte en el ombligo cultural de una Europa en mutación histórica como ciudad en la encrucijada que atrae y acoge a intelectuales de toda índole. Y a Viena se traslada la familia de Eric Hobsbawm desde Alejandría (Egipto), donde había nacido el historiador en 1917. Curiosamente existen documentos fotográficos de un colegio vienés en el que Eric comparte aula con un juvenil Adolf Hitler. Incluso existen expertos que opinan que el condiscípulo al que se refiere el autor de *Mi lucha* en uno de sus capítulos rememorativos es Hobsbawm.

No obstante, la ironía histórica provoca que fuera el ascenso del nazismo y la anexión de Austria los hechos que determinaran la emigración forzada de la familia Hobsbawm, de origen judío, en un itinerario seguido también, entre otros, por J.A. Schumpeter o K. Popper. Hasta el momento de su fallecimiento, Hobsbawm se radicó en Gran

Bretaña y durante las últimas décadas en el noreste de Londres. Su casa de Hamspead Head, como comenta María Laura Avignolo, el ambiente es diverso: “Escritores, latinoamericanos, filósofos centroeuropeos, amigos y estudiantes británicos discuten hasta tarde, acompañados por las más exóticas y fuertes bebidas del mundo. Hobsbawm se agita un poco cuando habla pero argumentar es otra de sus pasiones”. El jazz ocupa un lugar primordial: no es sólo una afición sino, además, una seña de identidad que trasciende al esnobismo del intelectual bohemio. Músicas de raíces pero que crece con todas las influencias. La riqueza de la mezcla sin rechazar la improvisación; el jazz es, para Hobsbawm, patrimonio de “gente poco corriente”.

Acercarse a la vida y obra de Hobsbawm es como recorrer el Ickniel Way, un viaje para iniciados como relataba Edgard Thomas, el poeta inglés caído en la I Guerra en suelo continental. Un peregrinaje iniciático, como tantas facetas del autor, que quizás recorriera Eric Hobsbawm desde Cambridge hasta el pantano a Abbotsbury. En el trayecto en busca del fantasma druida escondido entre monumentos neolíticos y castillos medievales, el final era sorprendente: con la flema británica habitual, los caminantes se acercaban al pantanal con los termos de té caliente y cajas de galletas de mantequilla para alimentar algunos de los cientos de cisnes que llevaran los monjes benedictinos como *delicatessen* culinaria pero que fueron indultados del degüelle. Quizás Hobsbawm estuviera presente cuando Anna Paulova estudiaba detenidamente las aves para incorporar sus gráciles movimientos para una nueva versión de *El lago de los cisnes*. Y todo, desde la faceta más rigurosa del académico, a la del militante, o del crítico musical en la trayectoria del historiador Hobsbawm no es más que la andadura de un viajero comprometido a cada paso con su vocación y con su tiempo.

Historiador marxista y militante incómodo

No quiero ser recordado como genio sino como un testigo privilegiado.

—E. J. Hobsbawm

Hobsbawm conserva su temprana militancia comunista hasta 1991, año en que se disuelve el PCGB. A pesar de los avatares políticos de las décadas precedentes (las purgas estalinistas, la invasión soviética de

Hungría...), la lealtad militante no fue, en absoluto, cómoda sino, más bien, comprometida con las propias convicciones y con frecuencia de una forma tensa. Como historiador marxista, Hobsbawm rescata y difunde los olvidados cuadernos de K. Marx conocidos como los *Grundrisse*, iniciando una línea de reflexión sobre la naturaleza y funcionalidad de los modos pre-capitalistas que produjo un auténtico subgénero bibliográfico en Ciencias Sociales. En este sentido, el estudio doctoral de Hobsbawm sobre el socialismo utópico fabiano representaba una crítica a la rigidez burocrática del comunismo soviético. Además, su admiración por la figura y obra de A. Gramsci generaba aún más antipatía en los dirigentes ortodoxos del PCGB. Incluso, tras la caída del Muro en 1989, anima una edición comentada del *Manifiesto Comunista* como un desafío ante la parálisis intelectual de los camaradas europeos desconcertados por las lecciones de la Historia y muy especialmente por la falta de respuestas del marxismo ortodoxo al servicio del determinismo althusseriano que actuaba como cómplice necesario de la prédica del “fin de las ideologías” de la factoría de pensamiento neoliberal con F. Fukuyama en el rol de primer espadachín mediático. Para Hobsbawm, en cambio, el menosprecio del marxismo oficial sobre los pueblos primitivos y las corrientes utópicas suponía miopía estratégica hasta el punto de no reconocer al bandidaje rural como resistencia política, lo cual, en palabras del historiador, impedía que los partidos comunistas de obediencia soviética no comprendieran algunos fenómenos contemporáneos como el foquismo guerrillero en América Latina en los años 60 del siglo pasado.

Es sobradamente conocida la entidad intelectual de la historiografía británica contemporánea. Es imposible no mencionar a A.J. Toynbee o a E.H. Carr como autores señeros en la formación de historiadores y científicos sociales en general. Incluso, el grupo de “Historia social británica,” formado por historiadores ingleses marxistas como E. P. Thompson, M. Dobb o E.J. Hobsbawm, se hace acreedor del respeto académico y científico mundial. En este sentido, Hobsbawm co-fundó la revista *Past & Present* y mantuvo sus colaboraciones editoriales, con el criterio propio y frente a los postulados ortodoxos, sobre el papel histórico que desempeñaban, al igual que la clase trabajadora, los denominados “colectivos subordinados” para modificar las “condiciones objetivas” en el desarrollo histórico del capitalismo: desde los “rebeldes primitivos” a la “gente poco corriente”, si se nos permite el uso de títulos

de obras de Hobsbawm.

Contra el reduccionismo histórico

Lo importante aquí está en que Marx está de nuestro lado y no nosotros del lado de Marx. Su voz tiene una fuerza que jamás podrá ser silenciada pero nunca ha sido la única voz y su discurso no tiene un alcance ilimitado.

—E.P. Thompson

El grupo de historiadores marxistas ingleses defendió una perspectiva militante pero Hobsbawm adoptó una posición crítica tan distante del materialismo histórico de manual oficial como de los *Annales* y su tendencia a la historia de las mentalidades. Ambos márgenes historiográficos adolecían de un sesgo reduccionista. Hobsbawm se declaró escéptico ante la historia académica pues “la actividad intelectual ha estado cada vez más concentrada en las universidades y se ha tornado cada vez más esotérica”. En palabras del autor, en definitiva, la Historia académica “...consiste en profesores que le hablan a otros profesores mientras son apenas escuchados por estudiantes que tienen que reproducir sus ideas u otras similares para poder aprobar exámenes establecidos por los profesores” [entrevista de H.P. Tane y E. Lunbeck a E.J. Hobsbawm, en *Visions of History* (Nueva York: Patheon, 1976), 31]. No sorprende, en absoluto, que Hobsbawm— en un viaje a Buenos Aires que mencionaremos posteriormente— firmara dedicatorias de sus libros siguiendo la fórmula “A (nombre del lector) QUIEN, COMO YO, FORMA PARTE DE LA *MAFIA*”, si Hobsbawm se enteraba que dicho lector era historiador o profesor de alguna disciplina en ciencias sociales.

Aunque su tetralogía sobre la génesis y desarrollo del capitalismo le hace ya acreedor de un lugar merecido en la Historia del Pensamiento contemporáneo, son sus últimos libros más heterodoxos los que nos muestran a un autor singular, firme en sus convicciones pero también autocrítico y abierto a la colaboración interdisciplinar: *Gente poco corriente: resistencia, rebelión y jazz* (1999), la autobiografía *Años interesantes* (2003) o *Decadencia y fracaso de las vanguardias del siglo XX* (2006), entre otras obras.

Su lealtad partidista fortaleció una incómoda y a veces contradictoria militancia que contagia a la actividad profesional, nada menos como historiador. Refugiado en Inglaterra ante el ascenso del nazismo fue muy crítico con el estalinismo soviético al que Hobsbawm denomina como “hipertrofia del estado dictatorial burocratizado” con un sorprendente acento trotskista. Coqueteando con los servicios de espionaje M16 o KGB, Hobsbawm plasma el tradicional espíritu intelectual británico de los grupos de reflexión, tan herméticos como ritualistas, mientras que el PCGB se mantiene asépticamente distante de las invasiones de tanques soviéticos en Hungría o Checoslovaquia. Con el mismo desconcierto, Hobsbawm observa el proceso de “desestalinización” iniciado en el 20 Congreso del PCUS, la emergencia del foquismo guerrillero en América Latina, el eurocomunismo o la descomposición del socialismo real. Como afirma a sus entrevistadores Tane y Lunbeck:

ahora todas esas cosas requieren de una perspectiva histórica que es esencialmente la capacidad de ver cómo una sociedad cambia y cuándo las cosas son distintas y cuándo son iguales. Esta es una de las principales razones, una razón práctica, del por qué uno debe ser marxista. Es la forma de hacerse ese tipo de preguntas. (*op. cit.*, 43)

Hobsbawm y América Latina como laboratorio del cambio histórico

América Latina ha sido un laboratorio del cambio histórico creado para socavar las verdades convencionales.

—E. J. Hobsbawm

Superadas ocho décadas de apasionante biografía personal e intelectual, en 1998, E.J. Hobsbawm viaja a Latinoamérica para presentar la esperada edición de bolsillo que Editorial Crítica publicó de los cuatro volúmenes de su *opus magnum* sobre el desarrollo del capitalismo a lo largo de dos siglos y cuatro eras: la *Era de la Revolución (1780-1848)*, la *Era del Capital (1848-1875)*, la *Era del Imperio (1875-1914)* y la *Era de los Extremos (1914-1991)*. Parecía, entonces, que se asistía al canto de cisne final de un magnífico historiador “testigo privilegiado”, en propias palabras, de un convulso siglo XX dominado por los avatares y mutaciones del sistema capitalista

que Hobsbawm analiza desde su génesis en la revolución industrial hasta el impacto de la caída del Muro y del fin de la guerra fría. Afortunadamente, el historiador no dejó de publicar y viajar en los siguientes quince años con una lucidez intelectual y un espíritu de rebeldía perennes.

En una de las principales librerías bonaerenses Hobsbawm despliega una insólita vitalidad: atiende a periodistas del diario *Clarín*, conversa animadamente con profesores y estudiantes sobre planes de estudios de Historia o sobre la inminente crisis institucional y financiera de un país sometido a las políticas neoliberales; tiene un emocionado recuerdo de las víctimas de la guerra de las Malvinas con familiares y amigos, y no deja de firmar ejemplares de sus libros a lectores pacientes que guardan una fila interminable que invade la acera exterior de un emblemático y amplísimo local que acogiera teatro y cine anteriormente y que ahora su patio y plateas están ocupadas con estanterías repletas y libros. La figura quijotesca, huesuda, de nariz quevediana que soporta unas resbaladizas gafas de pasta que Hobsbawm ajustaba continuamente con la mano derecha como si fuera un visor óptico que el historiador coloca en distintas posiciones según sea para hablar con su interlocutor, leer una referencia periodística o escribir una dedicatoria. Incluso a un economista atrevido le pregunta intrigado por qué el lector había seleccionado otras obras en lugar de la tetralogía presentada. Ante la respuesta del lector, Hobsbawm no se sorprendía que en América Latina, según confesó en un persuasivo castellano con matices chilenos, sus libros más conocidos fueran *Rebeldes primitivos* y *Revolucionarios*, dos obras que pareciera que caracterizaran con justicia histórica los desafíos, mitos y renuncias de la izquierda latinoamericana.

Hobsbawm sentía una especial predilección por América Latina, con la que mantuvo una estrecha relación por motivos familiares y académicos. Desde el mismo año de su nacimiento. En efecto, en 1917 y mientras Hobsbawm nace en Alejandría, su tío Isidore se instala con su familia en la chilena Viña del Mar, iniciando una numerosa saga que en Chile conservan el apellido Hobsbawm pero cambiando la “m” por “n”. En 1930, un hermano de Isidore y que crió a Eric y su hermana tras el fallecimiento del padre se instala también en Chile e invita a Eric a estudiar Historia en Chile, pero Hobsbawm se decide definitivamente

por los estudios en Cambridge.

En 1962 el historiador viaja a América Latina y recorren varios países con gran interés hasta el punto que cuando regresa a Inglaterra reconoce que “América Latina es un laboratorio del cambio histórico”. En Argentina se sorprende del sentimiento general de autosuficiencia y de no pertenecer a un país en vías de desarrollo. En Perú, según recuerda su viuda, remonta el Camino del Inca como un devoto peregrino. Ante Macchu Picchu, Hobsbawm rescata de su bolso de viaje una edición del *Canto General*. El poemario, publicado por vez primera en 1950, representa la culminación nerudiana de la épica andina. Quizás Hobsbawm hubiese adquirido un ejemplar de *Canto General* en edición limitada con guardas dibujadas por Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros y que los Talleres Gráficos de la Nación de México publicó y distribuyó entre una lista selecta de suscriptores. Marlene Schwartz cuenta cómo el rostro hierático de Hobsbawm se emociona ante la soberbia vista de Macchu Picchu y su voz, siempre firme en cientos de batallas académicas y políticas, se quiebra cuando recita:

Entonces en la escala de la tierra he subido
entre la atroz maraña de las selvas perdidas
hasta ti, Macchu Picchu.
Alta ciudad de piedras escalares,
por fin morada del que lo terrestre
no escondió en las dormidas vestiduras.
En ti, como dos líneas paralelas,
la cuna del relámpago y del hombre
se mecían en un vientos de espinas.
Madre de piedra, espuma de los cóndores.
Alto arrecife de la aurora humana...

En Chile realiza quizás la visita más determinante de su gira: en Santiago conoce al matrimonio Allende-Bussi. Fue un encuentro que marcaría un punto fundamental en la obra y en el enfoque político del autor, a pesar de que la relación inicial fue muy poco propicia. En su autobiografía, Hobsbawm relata que llegó a la conclusión de que el poco brillante (sic) marido de Tencha (Hortensia Bussi) era el menos interesante de la pareja. Se trataba de Salvador Allende. Hobsbawm reconoce que subestimó “la estatura y el sentido de la democracia de un honorable y valiente hombre que murió defendiendo su cargo en La Moneda”. Y concluye: “recuerdo perfectamente el día en que me avisaron que Allende falleció. Me afectó mucho”.

Posteriormente al primer viaje, en 1971, Hobsbawm regresó a

Chile en el primer año del gobierno de la Unidad Popular con la curiosidad intelectual y política en observar el desempeño de un gobierno socialista como el presidido por Allende que alcanza el poder sin transferencia violenta o inconstitucional. En la gira latinoamericana de 1998 para la presentación de una nueva edición de bolsillo de sus principales obras, como ya mencionamos, Hobsbawm retorna a Chile en un momento de tensión y emoción contenida cuando tiene la oportunidad de presenciar en directo, junto a Hortensia Bussi y otros dirigentes políticos de la Unidad Popular, el fallo de la Cámara de los Lores que denegó la inmunidad diplomática a Augusto Pinochet, por entonces detenido en Londres.

La atención preferente de Hobsbawm en América Latina como “laboratorio del cambio histórico”, en palabras del historiador, se centró en las últimas décadas en el caso brasileño. Para el historiador, Chile ejemplifica las contradicciones de una experiencia de cambio frustrada por un país de desarrollo intermedio en el Cono Sur, con una relativa madurez política y vertebración institucional que sucumbe al golpismo militar y a una gestión dictatorial del ciclo político-económico de inspiración neoliberal con incalculables costes sociales y económicos a lo largo de una fase negra de la historia de América Latina.

En cambio, Brasil cobra para Hobsbawm un sorprendente interés desde 1980 cuando el Partido dos Trabalhadores entra en escena en un anquilosado y corrompido panorama político en un país con una increíble potencialidad de recursos conviviendo con los más alarmantes indicadores de desigualdad de toda índole. La iniciativa política de Lula da Silva desde el ámbito sindical y urbano revitalizando la anémica izquierda brasileña debilitado por el largo período de dictadura militar captó desde el primer momento la atención del historiador marxista. En aquellos meses Hobsbawm estaba inmerso en una agria polémica con la izquierda británica a propósito del ascenso de los conservadores liderados por Margaret Thatcher. Al cuestionar el potencial revolucionario de los trabajadores ingleses, Hobsbawm responsabiliza a la declinante acción de sindicatos y del Partido Laborista la causa del retorno del neoconservadurismo y del ascenso del thatcherismo económico. La derrota de las huelgas mineras y del *tax revolt* a manos del Partido Conservador confirmaba, según el historiador, la decadencia de los sindicatos y de los tradicionales partidos de izquierda como motor del

cambio. Ni siquiera la vuelta de los laboristas liderados por Tony Blair, con el pastiche aguado de la “tercera vía” no suponía, en modo alguno, una alternativa viable. “Tony Blair no es más que Thatcher con pantalones”, afirma Hobsbawm.

En este sentido, el historiador estimaba como un cambio histórico significativo en América Latina, tres décadas después de la frustrada experiencia de la Unidad Popular, el acceso al poder del PT brasileño y la gestión de Lula no sólo por la agenda social y económica para Brasil sino, además, por el liderazgo de Lula da Silva como estadista que reconfigura las relaciones Sur-Norte y Sur-Sur. No sorprende, en consecuencia, el afectuoso pésame que Lula envía a Marlene Schwartz cuando recibe la noticia del fallecimiento de E.J. Hobsbawm. En dicha carta, dada a conocer en la web de la Fundación Lula da Silva, el ex presidente reconoce que “a lo largo de la última década leí con orgullo las entrevistas en las que él (Hobsbawm) atribuía a nuestro gobierno la responsabilidad de ‘cambiar el equilibrio en el mundo y llevar a los países en desarrollo al centro de la política internacional’”. Y concluye: “Fue un honor haber sido su contemporáneo”.

Hobsbawm, ¿el sexto hombre?

¿Cuál es el punto a partir del que debemos predicar un sermón ante un terremoto?

—E.J. Hobsbawm

Éste es el relato de una misteriosa intriga que si no hubiera acaecido realmente podría considerarse una interesante muestra de ficción novelesca o de trama cinematográfica. Debemos situar, primero, el lugar y tiempo de los hechos y, segundo, los principales personajes de nuestro relato. En el último siglo, la trayectoria geopolítica de Gran Bretaña está determinada, entre otros factores, por el triunfo de la Revolución Soviética y la II Guerra Mundial. En este sentido y en su magnífica autobiografía, Eric Hobsbawm se define como un testigo privilegiado de un siglo tan extraordinario como terrible y los hechos mencionados así lo muestran. Respecto al espíritu de época en Gran Bretaña se caracteriza por la culminación de la revolución industrial, la decadencia colonial y un aislamiento insular que se traduce, entre otras consecuencias, en un peculiar estilo educativo que engendra en las élites

cierto tribalismo intelectual—en un arco que va desde las opciones más conservadoras a las de vanguardia y ruptura.

En este caldo de cultivo, la Revolución Soviética y el ascenso del nazismo en Europa continental como preludio de la II Guerra Mundial constituyeron eventos históricos de fuerte impacto en la sociedad británica, a pesar de la distancia y de la insularidad. El mismo año, 1933, en que Hitler llega al poder en una Alemania humillada por las leoninas condiciones de reparaciones de guerra acordadas por los aliados de la I Guerra en el Tratado de Versalles, Hobsbawm ingresa al King's College de Cambridge y se inicia en una sociedad de reflexión y debate, la *Cambridge Conversazione Society*, también conocida como “Apóstoles”. Esta sociedad secreta transcendía los clubs de opinión colegiales que formaban la Ivy League. Los “Apóstoles” era algo más que una organización estudiantil y representaba una fraternidad permanente que seguía comprometiendo a sus miembros a lo largo de toda su trayectoria vital. Del “apostolado” estudiantil a los “Ángeles” adultos. La nómina de los conjurados es impresionante: B. Russell, L. Wittgenstein, J. M. Keynes, L. Wolf, L. Strachey, entre otros. ¿Quién puede negar que los tres primeros nombres forman parte de la masa crítica de la historia del pensamiento del siglo XX? Incluso todos los citados, además de “Angeles”, se reunían en las tertulias de los jueves en el 46 Gordon Square, en el londinense barrio de Bloomsbury, domicilio de Virginia Wolf. El Grupo de Bloomsbury, entre la genialidad y la diletancia, pasó a formar parte también de la densa red de generación de pensamiento y de acceso a las vanguardias.

Eric Hobsbawm formó parte de los “Apóstoles” desde su llegada a Cambridge y no sorprende que esta experiencia moldeara el carácter polémico e insumiso del historiador a lo largo de su vida. Pero el reclutamiento de estudiantes de los “Apóstoles” también alcanzaba a los restantes *colleges* de Cambridge, especialmente el *Trinity College*. De este colegio provenían los “apóstoles” G. Burges y A. Blunt, reconocido historiador del arte y que llegó a desempeñar, con el título de *Sir*, la responsabilidad de la pinacoteca real.

La trama se complica retrospectivamente cinco décadas después. En 1979, M. Thatcher destapa, por razones electorales y en la Cámara de los Comunes, el caso de espionaje conocido como el “caso de los cinco”. Aunque se mantuvo en un pacto secreto para evitar escándalos que

salpicaran a la Corona, ya en 1964 Sir Anthony Blunt había confesado que sirvió para la URSS como espía durante la II Guerra Mundial y los primeros años de la postguerra. El mismo Blunt reconoce haber reclutado a lo largo de los años 30 del siglo pasado a brillantes estudiantes del Trinity College y del King's College: G. Burgess, D. MacLean, J. Caincross y K. Philby. De esta forma, se constata que en la sociedad de los "Apóstoles" de una célula comunista clandestina cuyos integrantes muestran un denominador común: formados en prestigiosos colegios, admiradores de la revolución soviética y marcados por la guerra civil española. También existían razones más cercanas a la diletancia y a un excitante juego frívolo de quienes asumían su superioridad social como una señal de impunidad hasta el punto que en el Grupo de Bloomsbury (y muy especialmente J.M. Keynes) utilizaban una propuesta kantiana para distinguir entre los intelectuales "sustanciales" (los integrantes del grupo) y los intelectuales "fenómenos sombra" (los restantes). En este sentido, la tranquilidad generada por la soberbia desaparece por la confesión de Blunt en 1964 que se agrega a la anterior deserción de los "cuatro" camaradas restantes a Europa del Este y a la URSS.

El escándalo estaba servido y sazonado por los medios de comunicación ingleses, especialmente por la prensa "amarilla" en una etapa y en un país hipersensibilizado ante una escalada preocupante de acontecimientos. En décadas de guerra fría y en períodos electorales de fuerte tensión entre conservadores y laboristas, la flemática opinión pública inglesa no daba crédito: desde el caso del diputado Profumo al desenmascaramiento oficial de Blunt, asesor de arte de la Reina Isabel II. Incluso comenzó a circular el rumor que pronto adquirió cuerpo mediático de que, en realidad, el cerebro de aquella célula comunista de los años 30 del pasado siglo en Cambridge era otro intelectual con gran prestigio que, vivo o muerto, aún permanecía en las sombras de la clandestinidad.

Por tanto, se inició una curiosa campaña de indagación en cenáculos y apuestas en las redacciones de los rotativos sobre quién era "el sexto hombre". Tras la tensión Este-Oeste por la pretendida instalación de los denominados "euromisiles" occidentales, acotando en suelo europeo el escenario de una futura III Guerra, y en vísperas de la caída del Muro y del final de la guerra fría, la cuestión del "sexto

hombre” se presentaba como un caso ejemplar que los servicios secretos y la opinión pública inglesa requería una respuesta. Aunque algunos medios seleccionaron a Bertrand Russell como posible “tapado”, la serpiente informativa se desvaneció rápidamente. Entonces comenzó a circular el nombre de Ludwig Wittgenstein en la rueda de la sospecha, otro “apóstol” de Cambridge que unía a su pasión filosófica un carácter taciturno y arisco, haciendo gala de la prepotencia habitual de los “Apóstoles”. Además, el filósofo poseía una inmensa potencia intelectual (que le permitía mantener una discusión rigurosa sobre la lógica positivista, la teoría de la demanda efectiva, el teorema de Gödel o las máquinas de Turing) junto a una mal disimulada agresividad gestual que los medios rescataron como un indicio de que la suma de inteligencia y visceralidad resultaba un peligroso resentimiento anti-sistema. Durante meses, se investiga en la biografía de Wittgenstein para encontrar alguna clave que respalde el supuesto de que era el cerebro de la célula comunista de Cambridge y responsable de actividades de espionaje. En este ambiente, vuelve a recordarse el incidente sucedido con K.R. Popper y que se conoce como *Wittgenstein’s Poker* (el atizador de Wittgenstein).

El viernes 25 de octubre de 1946, otro club de debate de Cambridge, el *Moral Science Club*, convoca una velada filosófica en el King’s College en la que el invitado era el reputado K.R. Popper, profesor en la London School of Economics. En la reunión asistieron varios profesores y estudiantes de filosofía, destacando la presencia de B. Russell y L. Wittgenstein. Fue la primera y única ocasión en la que coincidieron estos tres grandes intelectuales que contribuyeron a la formación del pensamiento filosófico y político del siglo XX. Desde el erial universitario actual cuesta imaginar que existieran reuniones habituales de reflexión y debate, en torno a una mesa de té y con contertulios de la talla de filósofos radicales o liberales como los citados.

La charla introductoria de Popper versó sobre la siguiente interrogante: “¿Existen problemas filosóficos?”, que el invitado desarrolló tras una breve presentación de Wittgenstein, presidente del Club. Popper no había elegido con neutralidad del título de la disertación, pues ya conocía el viejo debate entre Russell y Wittgenstein sobre la noción filosófica de “existencia”, un debate que Russell zanja con la distinción entre el “ser” de Hamlet (Hamlet existe si alguien piensa en

él) y el de Napoleón (si nadie piensa en Napoleón, éste ya se encargaría de que no fuera así). A medida de que Popper iba enumerando los que consideraba principales problemas filosóficos, Wittgenstein negaba con vehemencia. Según cuenta Popper en su autobiografía, *Búsqueda sin fin* (1974), su interlocutor alterado por la intensidad del debate se había levantado de su sillón y blandía el atizador de la chimenea encendida como si se tratara de una batuta en manos del director de orquesta. Wittgenstein retó a Popper a que pusiera un ejemplo de principio moral. “Mi respuesta fue ‘no amenazar con un atizador a los profesores visitantes’”, escribe Popper. Russell recrimina a Wittgenstein y le pide que suelte el atizador y éste, “...en un acceso de cólera, arrojó violentamente el atizador al suelo y se marchó hecho una fiera”.

En aquella reunión se debatía algo más que el ego de dos grandes pensadores sino el cisma de la filosofía contemporánea en torno a la importancia del lenguaje en filosofía, entre quienes defendían que el problema filosófico era meramente un problema lingüístico y quienes creían que el problema filosófico trascendía el lenguaje. No deja de ser irónico que el aparente rigor de los protagonistas y del encuentro descrito contrastara con las múltiples versiones que se tienen del mismo. Se cuenta que de las 30 personas que estuvieron presentes en la reunión de 1946, diez pudieron relatar 50 años después sus impresiones y pocas coincidían entre sí. Pero todos estaban de acuerdo en considerar impropia la conducta de Wittgenstein, conociendo su refinada educación y su prestigio intelectual. Entonces y por tantas razones, ¿por qué no podría ser Wittgenstein “el sexto hombre?”

El nombre de J.M. Keynes también se citó como sospechoso de espionaje para la URSS y aunque parecía una denuncia descabellada sobre quien protagonizó una gran parte de la vida intelectual y cultural inglesa en la primera mitad de siglo XX, el que el mismo asesor de la Reina tuviera que responder ante la justicia por delitos de alta traición animó a quienes consideraban a Keynes como un quintacolumnista que pretendía derrumbar el capitalismo con su recetario político-económico en el que legitima el activismo estatal como motor de la economía y la socialización de las inversiones como palanca reactivadora de la demanda agregada, además de recomendar “la eutanasia del rentista”. Pero la sospecha sobre Keynes era infundada y provenía de los círculos liberales para contrarrestar la influencia de su obra y de su modelo

político-económico que sacrificaba cualquier principio liberal que significara un freno para las políticas de reactivación pero sin amenazar, en absoluto, los cimientos del sistema capitalista. “La guerra de clases me encontrará en el lado de la burguesía educada”, afirmaba Keynes.

Si existe un caso paradigmático de intelectual que discurre por todas las etapas de la educación inglesa, elitista y ritual, fue Keynes (Eton-King’s College-Apóstoles-Ángeles-Bloomsbury). En este sentido, según M.N. Rothbard, Keynes admiraba a los jóvenes refinados e ingenuos comunistas ingleses de finales de la década de los 30 del siglo pasado, como Hobsbawm, porque le recordaban “los típicos caballeros ingleses inconformistas que hicieron la reforma y (...) que ganaron nuestras libertades civiles y religiosas y humanizaron a las clases trabajadoras en el último siglo”. Sin embargo, tras su viaje a Moscú en 1925, Keynes quedó impresionado por el terror que emana de la veloz transformación revolucionaria, y critica a los comunistas de Cambridge no sólo por su silencio cómplice ante las atrocidades sino, además, por “el puritanismo y la incomodidad” de una Revolución por la que los caballeros de Cambridge deben identificarse con el “mugriento proletariado”. “¿Cómo puedo adoptar un credo que, prefiriendo al barro que al pez, exalta al zafio proletariado por encima de la burguesía y la intelectualidad que (...) llevan las semillas de todos los progresos humanos?”, se cuestiona Keynes. Descartado Keynes como cerebro de la red de espionaje a favor de la Unión Soviética, comienza a circular por los tabloides británicos la especie de que Eric Hobsbawm podría ser “el sexto hombre”, un candidato mediáticamente idóneo: ahora jubilado pero activo en conferencias, entrevistas y publicaciones; conocido profesional y políticamente en EE.UU., Europa y América Latina; polemista crítico tanto con Thatcher como con Blair; multifacético crítico de jazz... y, en concreto, historiador comunista leal a la pertenencia al Partido desde 1933 hasta el momento. Una biográfica hoja de servicios que le hacen acreedor, según algunos medios, de sospecha fundada de “alta traición” como responsable de una red desarticulada formada con otros cinco camaradas.

Hobsbawm compartía con Popper y Wittgenstein varios rasgos de honda huella biográfica. De origen judío, conocieron la agitación cultural de Viena en los postreros años del Imperio Austro-Húngaro y el ascenso del nazismo. Y los tres se incrustaron en elitistas instituciones

educativas inglesas. No sorprende que al no considerarse Wittgenstein como “el sexto hombre” y cabeza pensante del grupo de espías a sueldo, primero, de la NVDK y, posteriormente, del KGB, los observadores pusieran el foco en Eric Hobsbawm, pero esta vez de una forma más discreta. Debido a su experiencia de juventud en Centroeuropa y el dominio de varios idiomas, Hobsbawm se presentó en el inicio de la II Guerra Mundial como voluntario ante los servicios secretos británicos. Era algo propio de los “Apóstoles” solicitar el reclutamiento en el MI-15, pero Hobsbawm fue rechazado elegantemente debido a su conocida militancia comunista y el riesgo que representaba la posibilidad de permitir un doble agente en un período bélico en el que se temía la invasión alemana en las islas. En cambio, para alejar a Hobsbawm de los centros de interés estratégico por el temor a la filtración de información a las autoridades estalinistas de la URSS se le destina a East Anglia. Hobsbawm participó en la fortificación de la costa cuando era prácticamente imposible que por dicha zona fuera la entrada de una hipotética invasión de Alemania. Pero allí conoció a obreros galeses y escoceses con los que mantuvo una estrecha relación personal e inicia un análisis crítico desde el marxismo sobre el potencial y problemas de la clase obrera como motor de la lucha de clases y el carácter revolucionario de las clases subalternas en el cambio histórico que sufría el capitalismo.

En ese sentido, transcurridos los años, no era descabellado pensar que una persona decidida, formada y comprometida como Hobsbawm podría ser “el sexto hombre”. Pero, también, Hobsbawm se reafirma como historiador y militante de una forma abierta y muy alejada del secretismo y de la doble vida consustancial con un espía convencional. Según testimonios de antiguos discípulos universitarios del Birkbeck College de la Universidad de Londres, en privado Hobsbawm contaba la anécdota de una manera muy divertida en veladas animadas por una selección de jazz de bandas sonoras de películas de espías e imitando la posición rígida de Isabel II, los gestos autoritarios de Margaret Thatcher, y el amaneramiento de Anthony Blunt para escenificar un interrogatorio ficticio a un historiador sospechoso e indefenso ante tanto disparate.

En definitiva, para Hobsbawm, el caso del “sexto hombre” no representaba más que otro capítulo de la intrahistoria cotidiana de una

sociedad introvertida en su insularidad. Mientras la burbuja informativa fomenta la sospecha generalizada, el ojo del Gran Hermano escruta de una forma aleatoria. Un ambiente opresivo donde todos vigilan y todos son vigilados. El bucle se resuelve con una pérdida tendencial de derechos y conquistas socioeconómicas que se agudiza—incluso con componentes represivos—en fases críticas del capitalismo contemporáneo.

La paranoia de la sospecha generalizada en una sociedad dividida entre confidentes para-policiales y potenciales disidentes anti-sistema genera, sin duda, consecuencias absurdas como las comentadas. Sin embargo, el absurdo—como en el teatro de Ionescu o Beckett—no es neutral, tiene una garra invisible que socava el espíritu cooperativo y solidario de una sociedad avanzada que fomenta relaciones sociales de autovigilancia. Una sociedad, en suma, entre la incomunicación de *La cantante calva* y la frustración de *Esperando a Godot*. En esta sociedad, la literatura (incluso la de quiosco) y la cinematografía (incluso el cine B) de intriga de espionaje y servicios secretos tiene un caldo de cultivo adecuado, especialmente en Gran Bretaña.

En efecto, Gran Bretaña ha hecho del espionaje no sólo una actividad de contra-información y seguridad sino, además, una seña de identidad y una esfera de creación cultural y, en especial, subgéneros ya consolidados en ficción literaria y cinematográfica. Los ingleses defienden que fueron escritores locales quienes crearon el espionaje como actividad (desde Marlowe y Defoe a Ian Fleming). Arthur Koestler realizó actividades de espionaje durante la Guerra Civil española, hospedándose en el emblemático Hotel Florida de la madrileña Plaza de Callao, auténtico nido de espías en el que podían coincidir con André Malraux, John dos Passos o Antoine de Saint-Exupéry. Kim Philby, uno de los integrantes de la banda de “los cinco”, estuvo en Madrid durante la guerra como corresponsal de *London Times* y era un habitual del Gaylord’s Hotel, situado en la Plaza de la Independencia, donde se alojaba de forma discreta el Estado Mayor soviético en Madrid bajo las órdenes de Alexander Orlov, jefe de los servicios secretos NKVD, el precedente del KGB. Y todos ellos podrían coincidir en Chicote, en la Gran Vía, con Illa Ehrenburg o Ernest Hemingway. El común denominador de todos—y, por supuesto, de los ingleses—era que practicaban actividades de espionaje para algunas de las potencias

involucradas y, en su mayoría, eran agentes dobles o triples, según el grado de compromiso, la combinación de intereses o el tamaño de la soldada. La Guerra Fría ofreció, posteriormente, el entorno más propicio para el espía sin causa. Posteriormente, la caída del Muro y el descalabro del socialismo real mostraban un aparente *status* de tregua. Pero con o sin enemigo exterior, la cultura de la seguridad nacional amenazada y el mantenimiento de los arsenales de guerra siguieron cultivando la leyenda del agente secreto, ahora sin pasión pero profesional, desencantado y escéptico, como algunos de los personajes más conocidos de las novelas del género. Por cierto, Kim Philby—quizás el espía y desertor más conocido—quien alcanzó el grado de máxima responsabilidad del departamento de operaciones antisoviéticas del M16, fue quien reclutó a dos jóvenes agentes: Graham Greene y John Le Carré. Y quizás alguno de éstos últimos reclutó, a su vez, a Frederic Forsyth. De esta forma, la rueda de la Historia siguió rodando... y Hobsbawm fue, hasta su fallecimiento y como le gustaba definirse, no sólo un historiador comprometido con su tiempo, sino también, un testigo privilegiado e insobornable.

Hobsbawm y el pretexto del jazz

Ellos continúan siendo leídos con placer
cuando nosotros sólo seamos consultados
para proveer notas a pie.

—E .J. Hobsbawm

Cuando Eleanor Fagan olvidaba, sin perder la cadencia, el fraseo de “T’aint nobody’s business”—entre el pozo de la Gran Depresión y el túnel de las drogas—en realidad estaba escribiendo otro capítulo de la historia de las vísperas de nuestro tiempo. Aquella mujer, conocida como Billie Holiday, arrulló la inspiración solista de Chick Webb o Lester Young y realzó la conjunción debida a Artie Shaw o Benny Goodman. Pero, también, su voz fue un angustioso compendio histórico que, remontándose a las sinrazones de los esclavistas y del éxodo de África primigenia, notificaba la crueldad del Nuevo Mundo, el espiritual liberador entre algodones, las persecuciones y la Guerra de Secesión, el KKK, la larga lucha por los derechos civiles... Quizás sea el *blues* el manual histórico que documenta algunos de los capítulos más sangrientos de la

génesis esclavista del capitalismo comercial. La explotación humana y la discriminación racial y de género se concentra en un oscuro estudio de grabación a orillas de Nueva Orleans y deja su huella en la pizarra fonográfica con los surcos labrados por la unión pasajera de Billie Holiday con Count Basie. El recientemente fallecido historiador E.J. Hobsbawm publicó, en un número de 1986 de *The New York Review of Books*, un breve ensayo retrospectivo sobre las raíces musicales y sociales de Count Basie, conductor de una de las mejores bandas jazzísticas de Estados Unidos. Count Basie fue protagonista y testigo privilegiado de cinco décadas de vida de la sociedad norteamericana. Y, desde 1937 cuando actúa por primera vez con Billie Holiday hasta su muerte, en 1984, Basie comprendió la profundidad de la corriente por la cual transcurría la lucha de los artistas negros en una sociedad reacia al reconocimiento de una labor llevada a cabo por “seres inferiores” que constituyeron la cruel infantería sureña de la industrialización norteamericana.

A quien haya leído sus numerosos trabajos históricos, especialmente los relativos de la revolución industrial, no le sorprenderá en absoluto el interés de Hobsbawm por el tema. De origen judío y afiliado al Partido Comunista desde los 14 años hasta su fallecimiento, Hobsbawm se traslada en 1933 a Inglaterra desde una Alemania en vísperas del ascenso de Hitler. Su pasión por el jazz proviene de una representación de John Osborne, uno de los autores teatrales “iracundos” que transformaron la animación cultural londinense en la postguerra. Descubre la música y la analiza no sólo como objeto de fuerza y belleza sonora, sino también, como sedimento histórico de fuerzas económicas, políticas, sociales... El jazz era, parafraseando una de las letras de Bessie Smith, “el último refugio ante la quiebra” y, por tanto, otra lección de Historia que Hobsbawm desea documentar en paralelo al rigor académico y editorial de *Past & Present*. Coincidiendo con los acontecimientos de 1956 en que las tropas de la URSS invaden Hungría, Hobsbawm se presenta a la dirección de *New Statesman*, revista progresista que fundara J.M. Keynes, y se encarga durante años de la crítica de jazz bajo el seudónimo “Francis Newton”, el trompetista comunista de la banda de Billie Holiday que destaca en la grabación de *Strange Fruit*. De igual forma, la perspectiva relativista del historiador situando el objeto de estudio en un contexto amplio de (re)acciones socioeconómicas, le obliga a una entusiasta recapitulación sobre la vida y obra de Count Basie, siguiendo la línea

autobiográfica de *Good Morning Blues*. La autobiografía de Basie, sin rencor pero sin concesiones, es un auténtico relato histórico oral sobre la evolución de una de las pocas expresiones artísticas que, en palabras de Hobsbawm, nada le deben a la cultura (blanca) de la clase media americana. Incluso el ‘rock’, “ese tsunami que ha invadido la música moderna”, en palabras de Hobsbawm, es un movimiento de contraposición—desde el más provocativo al más sofisticado—, no podrá abandonar jamás el “estigma negro y doliente” de su nacimiento.

De todo ello se podría extraer una sugerente lección. El éxito de las asimilaciones culturales, cuando responden a concretos intereses sociales, posee una frágil sustentación. Y, desde la perspectiva de un historiador como Hobsbawm, confirma las características de Jano bifronte de su disciplina. Porque, para los que se interesan por el discurrir de los movimientos sociales, deberían tener siempre presente aquellos reproches de Lewis Carroll a la curiosa memoria humana que sólo funciona hacia atrás.

II

Alberto O. Hirschman (1915-2012) el interés por la ciencia y la pasión por lo posible

La obra de Albert Hirschman es, en los más genuinos términos de Umberto Eco, una auténtica “obra abierta”, en continua elaboración y reformulación (auto)crítica. No existe escrito correspondiente a cualquiera de sus ciclos temáticos (desarrollo/industrialización; historia del pensamiento político-económico; semántica y retórica económica...) que no fuera recuperado posteriormente por el mismo autor para una relectura creativa. Incluso transcurridas varias décadas, Hirschman somete a toda su obra anterior a revisiones profundas a la luz de nuevas hipótesis o a los resultados de la contrastación empírica que informa la realidad sobre antiguas tesis presentadas en sus principales libros y ensayos. Una bibliografía, por lo demás, editada con una frecuencia de dos o tres años de estancia en cada uno de los centros académicos de excelencia donde Hirschman se desempeñó como docente, investigador y divulgador científico.

Introducción

En un tiempo histórico tan desconcertante como el actual en el que la última crisis del sistema se instala como un virus informático, se extiende como un reptante, pone en cuarentena a la esfera financiera de las economías más avanzadas del capitalismo contemporáneo y ante la imprevisión y pasividad del gremio de economistas académicos y gestores públicos. Hasta entonces, éstos dedicaron sus esfuerzos a justificar e inflar la gran burbuja especulativa que explota en el 2007 en las narices de los profetas del pensamiento único. El sentido de esterilidad profesional se manifiesta patéticamente cuando observamos que la aportación más original por parte del colectivo de economistas—excepto alguna voz discordante relegada a un interesado ostracismo profesional y mediático—consiste en caracterizar las actuales pautas económicas como “economía ninja” o a la crisis sistémica como “tormenta perfecta”. Tras la conocida definición de L. Robbins de *Economía como la ciencia de los recursos escasos*, formulada por el autor en 1935 rodeado de fábricas cerradas y millones de desempleados en la Depresión post-1929, pocos casos se han conocido tan lejanos del acierto. En este sentido, a nuestro juicio, la pre-visión analítica de Hirschman, en el sentido schumpeteriano, adquiere en las actuales circunstancias un necesario rigor cuando la práctica de la política económica de ajuste, identificando problema y solución, “rescata” el cuestionado sistema financiero con un coste socializado en el “ejército de salvación popular” (me excusarán, por trivial, explicitar quiénes forman tal frente). Mientras tanto, en el plano de la legitimación ideológica y en diversas jaulas audiovisuales, el debate es monopolizado por grillos intelectuales en los que los sofismas y decibelios se producen por el “nuevo periodismo”: sociólogos bufones, economistas astrólogos y políticos mercenarios..., todos ellos dedicados a reventar los principios de la termodinámica. En efecto, Hirschman como analista estaría expectante pues, manteniendo al margen a los economistas críticos, los continuos diálogos de besugos del bucle argumental repetitivo de los economistas neoclásicos ortodoxos no transforman la energía intelectual, simplemente la despilfarran en el altar de la entropía más absurda.

Ante el gravísimo superávit de oscurantismo científico y la retahíla profesional de trivialidades, el pensamiento de Hirschman es

aún más iluminador y más exigente. El autor estaría satisfecho porque podría comprobar que los fundamentos de la *Retórica de la Intransigencia*, una de sus principales contribuciones, siguen estando vigentes en la crítica a la constancia de las falacias argumentales utilizadas por los “tertulianos” (entre ellos, economistas convencionales y “oficiosos”) como creadores de opinión pública y difusores del actual discurso reaccionario: un empeño originado por la perversidad, la percepción del peligro y, especialmente, por la *futilidad*. En este sentido, una de las principales resistencias al cambio consiste en la percepción social del balance entre la *inutilidad* de reformas cosméticas ante la profunda crisis del sistema y la *inacción* en emprender reformas estructurales por ser inaceptables para la ideología dominante. Mientras tanto se predica con el viejo mantra de los ciclos: tras la depresión económica volverá la fase de recuperación y crecimiento... solamente es necesario para las fuerzas del trabajo tener paciencia y soportar estoicamente el ajuste y la jibarización del estado del bienestar alcanzado y, para el capital financiero, dejarse rescatar, socializar la digestión de los derivados tóxicos y lograr escalas para el siguiente ciclo de acumulación del sistema.

En consecuencia, la obra de Hirschman no ha perdido actualidad, a pesar de ser elaborada a lo largo de medio siglo debido a la perenne actualización del autor, revisando y sometiendo su propio pensamiento a un escrutinio continuo. *Malgré lui*, Hirschman podría encarnar la figura del científico ideal en el sentido popperiano: un investigador voluntarioso empeñado en falsar su teoría a través de una refutación permanente entre teoría y realidad, y capaz de revisar las hipótesis de partida para resolver cualquier posible anomalía posterior. En efecto, con una densa y amplia lista bibliográfica, en mi opinión y como ya mencionamos, toda la obra de Hirschman es, en realidad, un único libro activo, abierto, sometido a revisión continua por lecturas y aportación de datos, un único libro en el que encajan las confirmaciones de análisis anteriores así como los ambiciosos capítulos para explicar las anomalías detectadas a través de los ciclos temáticos de metodología, historia del pensamiento, análisis económico básico y aplicado... Una obra, en definitiva, unificada por un vector directriz crítico y articulada por un especial cuaderno de estilo: el canon en el que se defiende el *traspaso de fronteras* restrictivas para el conocimiento complejo; la

(auto)crítica y a contracorriente como postura científica, académica y personal.

Vocación disidente

Albert Otto Hirschman nace en Berlín, el 7 de abril de 1915, en el seno de una familia judía de la alta burguesía alemana aunque bautizado, al igual que sus hermanos, en la religión protestante. Una familia liberal y culta, como la formada por Carl y Hedwig e hijos, que sufre el impacto del ascenso del nacional-socialismo en una Alemania humillada por las reparaciones de guerra impuestas tras el final de la I Guerra europea. El “huevo de la serpiente” del nazismo se incuba ya en el nido de las leoninas condiciones que imponen los aliados victoriosos en el Tratado de Versalles y que la capacidad anticipativa de J.M. Keynes le obliga a abandonar la delegación inglesa en las negociaciones del tratado y escribir uno de los primeros y más conocidos alegatos políticos y económicos del autor, denunciando el saqueo de los vencedores sobre territorio y patrimonio alemanes que anima la eclosión y ascenso del nazismo. El aire antidemocrático y antisemita se hace irrespirable hasta el punto que el terror forma parte de la vida cotidiana a partir del incendio del Reichstag, en febrero de 1933. No es extraño, en consecuencia, que Albert Hirschman, recién cumplidos los 18 años y tras un fugaz paso por la Universidad de Berlín, emigrara precipitadamente a Francia, con matrícula en La Sorbonne e iniciando un éxodo muy similar al adoptado por otro científico social de la talla de André Gunder Frank.

Hasta 1941, los estudios básicos en Economía y las experiencias vitales y políticas en una época histórica determinante ocuparon a un joven e inquieto Albert Hirschman. El vértigo de los acontecimientos antes y en la II Guerra Mundial, por su velocidad y por su calado, dejan huella especialmente en quienes se establece un pulso entre condicionamientos personales y políticos, en los que las decisiones y prioridades forjan convicciones profundas en ideología y valores, y ajustan cosmovisiones, en el sentido schumpeteriano, sobre los fenómenos más relevantes de la sociedad. En este sentido, las directrices metodológicas y las propuestas teóricas básicas y aplicadas de Albert Hirschman maduraron, a nuestro juicio, en estas primeras etapas de formación y movilización. En 1935 obtiene una beca para

estudiar en la London School of Economics, uno de los primeros puntos de inflexión en la biografía intelectual de A. Hirschman, pues descubre, en la misma fuente, la teoría keynesiana no sólo por la lectura inmediata de la primera edición de la *Teoría General* sino, además, por los seminarios que imparten en la London School algunos de los más significados discípulos directos de Keynes en un momento en que la institución representaba uno de los centros mundiales de acogida de grandes intelectuales, muchos de ellos pertenecientes a la diáspora europea provocada por la ocupación alemana: L. Robbins, K. R. Popper...

Hirschman, tras su estancia londinense, vuelve a París en un período de ebullición política e intelectual animado por el estallido de la Guerra Civil española. La noche parisina se convertía en un gran café de debate, animado por Malraux, Sartre, Camus y enviados de prensa norteamericana de la envergadura de Hemingway... Sí, “París era una fiesta” hasta entonces, a partir del verano de 1936 la fiesta se convierte en un síndrome para los franceses con el temor a quedar emparedados entre el incierto resultado de la Guerra Civil en España y la amenaza de ocupación por parte de Alemania. A. Hirschman decide viajar a Barcelona y alistarse en las Brigadas Internacionales. No consta que en Barcelona conociera a G. Orwell pero, respecto a sus pretensiones iniciales cambia de opinión y, con pasaporte inglés, se traslada a Trieste (Italia) y presenta en 1938 su tesis doctoral. Se aproxima a la frontera francesa con el propósito de enrolarse en el ejército francés, en un singular y reconocido comité de rescate y paso clandestino de fronteras liderado por el general. Varian Fry, cuyo objetivo consistía en organizar el traslado por los Pirineos de franceses y europeos, en general, que huyen de la represión nazi tanto de Alemania como de los países ocupados. El mismo Walter Benjamín cruzó la frontera siguiendo una de las vías de paso clandestino conocida como “ruta Lister” por su utilización por exiliados republicanos españoles aunque constituyó una vía de escape mejorada por el grupo de Hirschman. Detenido por la policía franquista y a punto de ser deportado a Francia en vísperas de la ocupación, Benjamin alquila una habitación en la fonda Francia de Portbou. Allí escribe una nota de despedida a la fotógrafa Henny Gurland, en la que le encarga transmitir a su colega y amigo Theodor Adorno su agradecimiento por haberle conseguido el visado para

establecerse en EE.UU. Pero al no contar con el permiso de salida de Francia y ante el terror en caer en manos de la Gestapo, Walter Benjamín se suicida en su habitación, el 26 de septiembre de 1940, con una dosis mortal de morfina. Por una coincidencia histórica, en las navidades de 1941 fue Albert Hirschman, descubiertas sus actividades en el sur de Francia, quien tuvo que utilizar con éxito uno de los pasillos clandestinos cuyo destino era Lisboa, tras cruzar la península, para cruzar normalmente el Atlántico hasta Argentina, Brasil o México. Albert Hirschman, en cambio, eligió el mismo destino que pretendía Benjamín, Estados Unidos, país de refugio al que llega en enero de 1941 con una beca de la Fundación Rockefeller. De 1943 a 1946 fue movilizadado por el ejército norteamericano y destinado al Norte de Africa e Italia.

El itinerario académico y profesional de Albert Hirschman fue tan intenso como su etapa de formación y sus experiencias en la Guerra Civil española y en la II Guerra Mundial. Tras sus estancias de grado en La Sorbonne y en la London School of Economics, se doctora en Economía por la Universidad de Trieste, en 1938. El listado de instituciones donde profesó Hirschman desde 1941 es impresionante y forman parte no sólo de los centros universitarios de mayor prestigio mundial sino que las sucesivas estancias van marcando las prioridades analíticas en la investigación económica y la publicación de numerosos artículos especializados y de varias obras consideradas ya clásicas en el campo de conocimiento socioeconómico. El trabajo en las universidades de Berkeley (1941-3), Yale (1956-8), Columbia (1956-1964), Harvard (1964-7), Stanford (1968-1973), Princeton (1974-1984), adquiriendo la condición de emérito en 1985 con plena actividad hasta mayo de 2007 (icon 92 años cumplidos!). En Princeton, Albert Hirschman donó desde 1998 hasta 2007 una gran parte de su archivo con materiales y notas de investigación que documenta su carrera académica en desarrollo económico, América Latina y el trabajo desempeñado en el Banco Mundial. Este depósito acompaña a uno anterior, también de importancia para conocer las raíces convencionales de las teorías dualistas del desarrollo legados, en su día, por W. Arthur Lewis. La envergadura de su obra se puede ilustrar con el tamaño y riqueza del archivo depositado. Se trata de 81 cajas que ocupan casi 35 metros de anaqueles universitarios de la Biblioteca de Manuscritos de Princeton.

Una colección que consta de materiales en inglés, portugués, español y alemán y que el especialista interesado puede consultar *online*, muestra la importancia del legado. De esta forma nos podemos sorprender (carpeta 11 de la caja 9 del archivo) con el rigor que Hirschman documentó su memoria doctoral de 1938; el tipo de examen que formulaba a sus alumnos de Harvard o Stanford; o la cuidada correspondencia que mantuvo con colegas y alumnos tutelados, especialmente latinoamericanos.

Las principales aportaciones de Hirschman tienen ciertas características comunes a su trayectoria biográfica: un hilo conductor multidisciplinar y, en el mejor sentido del término, cosmopolita. No obstante, cualquiera que fuera el tema específico o la perspectiva teórica empleada existe en la obra de Hirschman una especial impronta metodológica presente desde *The Strategy of Economic Development* (1958) a *A Propensity to Self-subversion* (1995). Pero no sólo está presente en todas sus publicaciones sino que, además, es un rasgo distintivo reconocido por todos sus biógrafos y comentaristas y que, a mi juicio, podríamos denominar “canon de Hirschman” y que, en síntesis, podemos sintetizar en la superposición de científico social, auto-subversivo y disidente.

Según McPherson, la persistente búsqueda de nuevas perspectivas es la característica principal del lugar que Hirschman ocupa en las Ciencias Sociales. *Maestro del pensamiento lateral* que observa los viejos problemas con nuevos enfoques es la definición que hace M. Blaug en el capítulo “Hirschman” de su colección de biografías de grandes economistas publicado en 1985. En efecto, el trasfondo metodológico del autor pone en cuarentena las posibilidades del campo de conocimiento económico tradicional, tanto para proponer diagnósticos como prescripciones de política económica. Hirschman confiesa su antipatía por las analíticas unilaterales que tienden a la uniformidad de una realidad que es cambiante. La lectura de sus principales libros; sus contribuciones en el *New Palgrave Dictionary of Economics* (1987), cuando el mismo Hirschman describe las principales categorías analíticas de su obra (Interest, Linkages, Exit and Voice); así como sus declaraciones y testimonios personales recogidos por sus más autorizados biógrafos (McPherson; Melodesi, y Wilber y Jameson, entre otros)... constituyen, en suma, la expresión más completa de la

aversión que Hirschman siente por los principios generales, abstractos y apriorísticos, y en consecuencia, la oposición del autor al excesivo grado de simplicidad de la teoría económica convencional superpuesta a una hipotética realidad inmutable sometida a leyes permanentes.

Con todo el bagaje académico ortodoxo acumulado, Hirschman se sentía, en el plano metodológico, un economista auto-subversivo, a contracorriente, sin aceptar respuestas triviales a interrogantes complejos y someter a crítica el conocimiento acumulado, incluido—claro está—el propio pensamiento generado por el autor a lo largo de su dilatada vida intelectual. La visión amplia del problema económico y el apoyo a un proceso de investigación interdisciplinar animan al autor a proponer una disciplina científica en la que se relaciona la economía con la política, la sociología, la historia, la antropología... a través de una reconstrucción del fundamento más representativo de la ortodoxia del campo de conocimiento económico: el *homo economicus*. Sin embargo, para Hirschman, desplazar el objeto analítico hacia áreas poco exploradas que permitan una fecunda revisión teórica de la relación entre fenómenos económicos y fenómenos extra-económicos se requiere un investigador interesado, un “complicador” en palabras de Salvatore, que transforme diagnósticos y propuestas simples, interrogantes retóricos y respuestas triviales que se han generalizado en las ciencias sociales contemporáneas en un enfoque complejo en el que el problema debe ser analizado también con su relato, su contexto histórico, su posible generalización y la búsqueda simultánea de los rasgos específicos y singulares. Albert Hirschman cumple cabalmente ese rol de “complicador” cuando el autor, metodológicamente, sigue un programa de investigación cuyo protocolo está al servicio, primero, de una significativa ampliación del ámbito conceptual de la economía con incorporación de términos de otras disciplinas o categorías analíticas propuestas por el autor (por ejemplo: eslabón, capital social fijo, la “mano escondida”...), y segundo, a la clarificación semántica y retórica de los rasgos de atrofia y desvío del lenguaje que compone el discurso económico dominante en nuestro tiempo. En este sentido, Albert Hirschman es, por propia decisión metodológica, un auto-subversivo como vector de dirección de su “historia interna” como científico social, una opción inconformista con el conocimiento económico heredado ante el que se rebela por convicción personal y sin complejos en el

mundo académico norteamericano en que desarrolla gran parte de su labor profesional. Y fue consciente de esa posición hasta que en 1995 declara que “he sido descrito como alguien primordialmente interesado en destacar lo que las mentes económicas más sistematizadas pasaron por alto...” y, concluye: “...fui y gocé el haber sido *auto-subversivo*”.

Sin duda, para Hirschman el enemigo principal es justamente la ortodoxia, el pesado legado del pensamiento económico convencional que obliga a repetir la misma receta y la misma terapia para resolver diversos tipos de enfermedad, la terca negativa a admitir la complejidad y desear reducir la realidad a un referente simple y estable. Esta insatisfacción crítica es la que alienta la citada auto-subversión en la elaboración de su propio pensamiento pero, también, le convierte en un disidente en su historia externa académica y profesional, pues practica el “arte” del *trespassing*, el traspaso de fronteras disciplinares en el análisis de fenómenos económicos complejos que requieren un enfoque interdisciplinar. Hirschman propone, en consecuencia, un nuevo ámbito académico y profesional: la economía deja de ser una especialización prioritaria y se convierte en una perspectiva más a añadir a las existentes. El economista convencional, ante la envergadura de los problemas reales, deja de ser economista y se convierte paulatinamente en un científico social. En este sentido, ante su juicio relativista y evolutivo sobre la economía y los economistas, Hirschman se convierte a su vez en un disidente en los cenáculos convencionales de nuestra disciplina, especialmente en la segunda mitad de su obra científica en la que se plasman son rigor los vectores transdisciplinarios y autocríticos que configuran su pensamiento social. Sin embargo, también podríamos apreciar a lo largo de la obra del autor, especialmente la correspondiente a los ensayos de re-lectura crítica de trabajos anteriores una sutil, casi imperceptible, tendencia hacia posiciones intermedias, de tercera vía ante dicotomías, de templar la argumentación en estas nuevas visitas al objeto de estudio cuando éste fuera tratado radicalmente en un momento anterior... tendencia relativamente sencilla de mantener para un autor que tiene un pensamiento social evolucionista. Quizás esta nota no sea del agrado de la legión acrítica de seguidores del autor pero refleja, como señala Joseph Hodara en su nota editorial de *Retóricas de la Intransigencia*, que la dialéctica interna que supone la auto-subversión actúa también

como restricción analítica. En este sentido, las tesis de Hirschman se asemejan a la obra de Hegel, según la lectura de cada corriente de pensamiento crítico. Como señalan Wilber y Jameson, la evolución intelectual de Hirschman fue en dirección opuesta a la corriente dominante de los economistas norteamericanos que se hubieran sentido incómodos en el rol disidente que ejercía Hirschman con fecundidad científica al proponerse como objetivo de su trayectoria el denunciar y destacar que el Emperador (las ciencias sociales) y la Reina (la ciencia económica) no están tan vestidos y/o blindados como a la ortodoxia gustaría suponer. En este sentido, los estudios de Hirschman tuvieron un mayor reconocimiento en los territorios científicos fronterizos (ciencia política, historia...) que en la corriente dominante de su disciplina original, reacia a perder supremacía científica y aceptar una colaboración interdisciplinaria que cuestiona la universalidad de la ciencia económica.

Hace algunos años, concretamente el 1 de noviembre de 2007, el autor de esta semblanza accedió al blog de Dani Rodrik, un economista de Harvard University con amplio reconocimiento en América Latina, en el que comentaba algunos aspectos de la obra de Albert O. Hirschman a partir de una relectura de sus principales trabajos para la preparación de una próxima conferencia. Sin duda, los elogios de Rodrik a la calidad y actualidad de los diversos enfoques de Hirschman para dilucidar problemas relevantes de nuestra disciplina eran más que merecidos, sobre todo si provenían de los ámbitos académicos norteamericano y anglosajón, que de una forma encubierta redujeron a un premeditado ostracismo las contribuciones originales de Hirschman en las últimas décadas. Pero lo sorprendente del caso no fue el comentario general de Rodrik, ni siquiera el arriesgado ejercicio del autor para suponer que Hirschman habría justificado incondicionalmente la opción pragmática de China de “milagro económico con ausencia de derechos”. A mi juicio, el mayor interés lo concitó un comentario de B. Rossey, añadido al blog con una pregunta retórica contundente. El uso de los tiempos verbales que hace Rodrik, según la comentarista, suena como si Albert Hirschman hubiera fallecido y le pregunta irónicamente: “¿Hace tiempo que no lees los obituarios de las revistas especializadas, Dani?”

Esta anécdota ilustra la extraña niebla que rodea

contradictoriamente la figura de Hirschman hasta fechas recientes. Titular de una trayectoria científica desempeñada sin generar escuela ni discípulos hermeneutas; siendo heterodoxo sin complejos, Hirschman fue relegado paulatinamente a un segundo plano en la medida que acumulaba una impresionante obra científica que ha sido reconocida oficialmente por el Consejo de Investigación de la Ciencia Social en 2009, año en que se establece un galardón en su honor. Suponemos que Albert Hirschman, nonagenario, no sufriría ningún empacho de soberbia ni impacto emocional ante tan tardío reconocimiento oficial que, sin embargo, revaloriza aún más el respeto y la divulgación que alcanza en América Latina, especialmente a partir de la década perdida de los 80 del siglo pasado cuando la región atravesó la denominada crisis de la deuda externa.

Tras el fracaso de las políticas de ajuste, algunos científicos sociales de prestigio en América Latina y admiradores de la obra de Hirschman, cuando alcanzan responsabilidades de gobierno ponen en práctica programas de saneamiento y crecimiento económico basados en la estrategia de desarrollo presentada por 1958 en la que los específicos desequilibrios de los países en desarrollo crean oportunidades y ventajas para las políticas económicas nacionales. Para Hirschman, en un país subdesarrollado están “subdesarrolladas” diversas instancias claves entre las cuales destacan los mercados. Aplicar una política económica diseñada, por ejemplo, por el Banco Mundial concebida para mercados competitivos por una teoría económica convencional es una garantía de fracaso en economías emergentes con mercados no competitivos.

Así lo entendieron Fernando H. Cardoso, sociólogo brasileño y uno de los formuladores de la Teoría de la Dependencia, o Alejandro Foxley, responsable de la chilena Corporación de Investigaciones Económicas para América Latina: cuando ambos ocupan altos cargos públicos—Presidencia de Brasil y Ministerio de Hacienda de Chile—proponen y aplican políticas económicas de recuperación interna y de inserción en el mercado mundial según las recomendaciones posibilistas de Hirschman, buscando el cambio secuencial, acumulativo, de resultados más que un evento finalista que todo lo incluya. En este sentido, la fecunda obra del autor estuvo presente en los programas académicos y en el bagaje de los *policy makers* en América Latina en los

últimos decenios mientras era reducido a un sutil ostracismo en los círculos academicistas norteamericanos. En este sentido, las simpatías que despertó Hirschman no fueron tan generalizadas como podrían hacer pensar la sucesión de elogios que mereció su persona y su dilatada obra. El rechazo abierto y sutil desde posiciones ideológicamente atrincheradas constituyó una constante en su trayectoria intelectual. Para unos, la “pasión por lo posible” ocultaba un despreciable “posibilismo acrítico”. Para otros, su optimismo histórico no era más que un velo del “reformismo ingenuo” del que hace gala el autor en libros y seminarios. Respecto a las tesis más simplistas de la vulgata marxista sobre la superación del subdesarrollo, Hirschman propone una revisión de la teoría del desarrollo que, sin caer en los modelos ahistóricos y mecanicistas tipo W.W. Rostov en boga en la economía convencional, que incide en la dinámica en zig-zag de una estrategia activa de crecimiento con carácter finalista. En otros términos, a través de las categorías analíticas “desarrollo desequilibrado” y “crecimiento antagónico”, Hirschman propone una estrategia de crecimiento económico como un barco que navega contra el viento de los obstáculos estructurales y las deficiencias institucionales que caracterizan el subdesarrollo, pero una navegación que debe ser inteligente pues si el navío debe seguir la flecha direccional hacia los objetivos cuantitativos y cualitativos del desarrollo integral, el puente de mando debe alcanzar esa meta mediante un rumbo en zig-zag para evitar o amortiguar los obstáculos y deficiencias hasta el punto en que “los avances en longitud hacia los objetivos sean a costa de perder algo de latitud, y viceversa”. Pero para Hirschman esta navegación no representa una suma cero de compensaciones (lo que significaría una posición inmóvil, a pesar de las apariencias estadísticas) sino una suma positiva, pues la representación de las coordenadas de los objetivos socioeconómicos vinculados al desarrollo marcan pares de puntos que informan, en definitiva, cómo se resuelve (en términos técnicos e institucionales) la tensión entre objetivos de político-económicos: crecimiento-estabilidad, crecimiento-equidad, estabilidad-equidad...

El neoliberalismo contemporáneo emitió, en general, un juicio irónico y de menosprecio de Hirschman y su obra. Más allá del escaso reconocimiento a una trayectoria intelectual tan controvertida como indiscutible, el ostracismo también afectó a la posición académica de

Hirschman especialmente en el ámbito académico anglosajón. Los partidarios de la escuela de la *Public Choice*, liderados por J. Buchanan, no representan la posición más sectaria del neoconservadurismo norteamericano. Al contrario, sus estudios sobre la interdependencia entre política y economía y la convicción de que los fenómenos más relevantes de la sociedad pueden ser analizados desde esa perspectiva hacen de la escuela de Virginia, una aportación que, participando del retorno neoliberal, genera interés entre economistas críticos con las tesis dominantes de la Economía ortodoxa de raíz neoclásica. Sin embargo, la óptica de Hirschman no fue, en absoluto, contemporizadora. Cuanto más racional y razonable parece el análisis socioeconómico neoliberal en estas contribuciones (explicando desde la perspectiva económica del Arte al suicidio premeditado, por ejemplo), más desconfianza genera en la obra y en las declaraciones de Hirschman. En efecto, la nula empatía entre ambas posiciones se evidenció con la publicación de unas de las principales obras de Mancur Olson sobre la lógica de la acción colectiva que Albert Hirschman filtra en la dialéctica interés privado-bien público-acción colectiva. Para Hirschman, con ironía mal disimulada, declara que el éxito del libro de Olson no sólo se debió a las cualidades propias de la obra sino, más bien, porque su contenido se vió refutado y superado por los acontecimientos de la realidad “...en pocas, muy pocas semanas”.

Obra “en construcción”, dilatada y singular

Muchos economistas de mi generación tuvieron la primera noticia académica de Albert Hirschman a finales del franquismo. Uno de los temas clave en la historia económica de España y que resurgía con fuerza en la transición, bien por interés analítico o bien por afán purgativo o exculpatorio, fue el fracaso de la tardía revolución industrial española. En esta época, colectivos de economistas especializados en Historia y Estructura Económica española, referentes nominales de materias propias de la Licenciatura de Economía, presentan en cascada una serie de memorias doctorales y posteriores publicaciones sobre un tema cardinal en el pensamiento político y económico español que no adquiriría tal notoriedad desde el psicoanálisis colectivo entre intelectuales en la crisis de 1898. Una de aquellas excelentes investigaciones, no exentas de la tradicional polémica, se debió a G.

Tortella Casares, *Los orígenes del capitalismo en España* (1973). Para analizar las raíces del retraso de la revolución industrial y burguesa en el caso español, Tortella aplica varias categorías analíticas debidas a A. Hirschman en su obra *La estrategia del desarrollo económico* (1961). En este sentido, Hirschman distingue dos tipos de destino de inversión en un proceso de industrialización: capital social fijo o actividades directamente productivas. La prioridad de uno u otro destino, la estrategia en la toma de decisiones para privilegiar la inversión en infraestructuras (CSF) o en subvencionar la producción industrial (ADP), por ejemplo, marca carácter al tipo de industrialización, a la correlación de fuerzas en la gestión del proceso, su consolidación y estabilidad político-económica. La línea argumental de *La estrategia del desarrollo económico* se forjó en los años de estancia de Hirschman en Colombia como asesor del Consejo de Planeación del gobierno colombiano durante dos años y en consultoría privada, dos años más, y en la redacción definitiva del original en Yale para su publicación en 1958. Hirschman, traspasando fronteras disciplinares, califica la obra como literatura antropológica cuyos ricos recursos son dejados en el olvido por los economistas y en el ámbito de *shifting involvements*, término que se refiere a los vínculos entre lo público y lo privado en el desarrollo económico con el objeto de romper los compartimentos estancos que delimitan las áreas de lo estatal y lo particular. El impacto de la obra en América Latina, en concreto en Colombia, fue indudable y en 2008, la colombiana Universidad de los Andes organizó una conferencia durante dos jornadas, en conmemoración de los 50 años de la publicación. Por los títulos de las ponencias podemos confirmar no sólo la perenne riqueza interdisciplinar de la obra sino, además, la actualidad y el rigor conceptual operativo de expresiones típicas en la redacción de Hirschman: eslabonamiento, desarrollo desequilibrado, efecto túnel...

Realmente, este tipo de aportaciones de Hirschman, en el sentido de que el autor ofrece una nueva perspectiva, propone herramientas analíticas ad hoc y las delimita conceptualmente (CSF y ADP, al igual que “eslabonamiento hacia delante y a hacia atrás”, “efecto túnel”...) y su preocupación por la Historia tiene en *The Passions and the Interests* (1977), otro relevante hito en la obra del autor. Hirschman se sitúa en la senda reflexiva de envergadura intelectual compartiendo

el camino con clásicos del pensamiento sobre la naturaleza y contradicciones del capitalismo como Adam Smith o Adorno y Horkheimer. Estimulado por una observación de Montesquieu en la que el ilustrado francés medita sobre las situaciones de abuso del poder del absolutismo del Antiguo Régimen aunque “es una fortuna para los hombres saber que si las pasiones los llevan a ser malvados, sus intereses les obligan a no serlo”. Para Hirschman, la esencia del capitalismo consistió en mutar las pasiones en intereses en un complejo proceso de domesticación de pasiones y de delimitación de intereses para contrapesar las pasiones reprimidas, bien mediante coerción estatal, según el pacto del Príncipe propuesto por Hobbes; bien por la sustitución de pasiones por pasiones de superior intensidad (Spinoza), o bien a través de la convicción de que la conjunción de intereses propios da lugar al bien público (A. Smith).

La transformación de pasiones en intereses conduce, a su vez, a la razón, a la racionalidad pues el interés, como pasión “estructurada conscientemente” en el seno del sistema político y económico, implica adecuar los medios a los fines y cómo ordenar los fines ante la limitación de los medios. “En cierto sentido—escribe Hirschman—el triunfo del capitalismo, como el de muchos tiranos modernos, debe mucho al rechazo generalizado a creerlo capaz de grandes defensas” (1999, 81). Esta vuelta a los clásicos y la inclusión de la política, como territorio traspasado, en el análisis del desarrollo y de la ideología económica del capitalismo es una de las motivaciones de Hirschman, coherente por lo demás con el resto de su obra. No sorprende, por tanto, que el prólogo del libro se debiera a Amartya Sen quien reitera la necesidad de la ciencia económica en no autolimitarse por los supuestos del individualismo maximizador, como motor del desarrollo del sistema sino en la creencia de que el capitalismo activa ciertas tendencias humanas benignas y racionales (intereses) a partir de tendencias malignas e irracionales (pasiones).

No obstante, Hirschman es escéptico sobre la capacidad de control de pasiones por lo que el método científico, en la modernidad y también en el campo de conocimiento socioeconómico, se vuelca progresivamente en un enfoque realista para analizar la condición humana en lugar de pasar directamente de pasiones a intereses y a la postulación de ideales. Hirschman pone como ejemplo la obra de

Maquiavelo en la que, incluso de forma sutil, el protocapitalismo originario renuncia a los valores heroicos y los sustituye por la avaricia y ésta, tamizada por la Reforma y el paulatino abandono de las condenas del comercio y del negocio bancario por parte de las doctrinas sobre el precio justo y contra la usura, transforma a su vez la avaricia en legítimo afán de lucro como valor regente de la sociedad.

Retóricas de la intransigencia (1991) constituye la tercera obra que A. Hirschman dedica, “traspasando fronteras”, al estudio de las ideas que promueven actitudes y conductas colectivas. Libro dedicado a Sarah, su última esposa, antropóloga y colega influyente que transmite a Hirschman una peculiar “sensibilidad” antropológica presente, especialmente, en la trilogía formada por esta obra que continúa una reflexión iniciada en *Salida, voz, deslealtad* y *Las pasiones y los intereses*. A lo largo de la trilogía se advierte una línea directriz argumental, un auténtico denominador común metodológico, a través de una serie de contrapuntos conceptuales expuestos en una especie de dialéctica interna del texto, fijando posiciones semánticas y evidenciando, en su caso, contradicciones a cuya clarificación y resolución dedica Hirschman el objeto de las obras. En *Salida, voz, lealtad*, se analiza el amplio abanico de interacciones posibles entre la “organización” (prepotente o protectora) y sus “miembros” (rebeldes o resignados). En *Las pasiones y los intereses*, la dialéctica entre las pasiones como desbordamientos emocionales que tienden a la irracionalidad en el proceso de decisiones y los intereses como impulso calculador. En *Retóricas de la intransigencia*, Hirschman analiza el sesgo intransigente (como reaccionario) que está presente en el discurso de la *Reaganomics*, dominante de la época en estudio. Hirschman pretende descubrir los motivos reincidentes y la lógica del discurso ideológico de Europa en los dos últimos siglos.

Albert O. Hirschman no fue un genuino historiador de las ideas ni, por lo que hemos expuesto hasta el momento, ni un economista ortodoxo. Como confirma el propio autor, su obra desborda y traspasa los límites convencionales del oficio reitera Hirschman con una dosis de vanidad científica. Pero una vanidad justificada pues, como dijimos anteriormente, Hirschman unifica en su obra la tradición sociológica y de ciencia política en Europa con la antropología norteamericana, ambas corrientes con la Economía de su formación universitaria y,

además, con una dilatada y reconocida labor de consultoría en los países en vías de desarrollo, especialmente en América Latina a la que destinó el estudio sobre la teoría del desarrollo y las contradicciones de los diferentes modelos político-económicos aplicados en América Latina desde el fin de la II Guerra Mundial hasta la actualidad.

El legado del “anti-canon” de Hirschman representa para los científicos sociales más jóvenes un auténtico desafío intelectual. Nuestros economistas académicos y profesionales, madurados en el tranquilo clima de la ortodoxia pero acorralados por una crisis económica ni prevista ni resuelta, tienen la posibilidad de verbalizar (dar voz a) un cambio de prioridades analíticas y, siguiendo la secuencia descrita por Hirschman, e incluso buscar una “voz” para dotar de realismo a los nuevos modelos explicativos donde se elabore conocimiento básico y aplicado en torno al “desequilibrio” con referente. Un cambio que debe llegar, sin duda, al lenguaje científico: un auténtico buque en las procelosas aguas de la semántica y de la retórica y con cartas de navegación superadas por la fuerza de las nuevas corrientes.

Sin embargo, no debemos engañarnos: el conjunto de hallazgos científicos que hacen de Hirschman un intelectual reputado representan los mismos factores que impiden, por su ausencia cultural y por entorno institucional, que se reproduzcan en los jóvenes científicos sociales. El sistema curricular universitario y las vigentes directrices de la carrera profesional del docente e investigador en Ciencias Sociales y, en concreto, en Economía no representan un acicate a la intervención universitaria multidisciplinar con la misma prioridad en el análisis teórico básico y aplicado que en el discurso histórico, retórico y comunicativo del conocimiento como obra abierta, en continua construcción.

Quizás sean algunas de las principales aportaciones de Hirschman las que nos permitan reflexionar, en un plazo no más largo que un lustro, sobre la contra-reforma educativa en las universidades públicas europeas, especialmente las pertenecientes a la amplia periferia europea. El proceso de Bolonia a “coste cero”, en nombre de la armonización de la educación superior que facilitara una supuesta “perfecta” a la movilidad de mano de obra cualificada en el mercado europeo, ha generado un perverso proceso de deterioro lento, incluso

sutil, pero imparable en las Ciencias Sociales y, en concreto, en la Economía cuyo futuro científico va mutando, en la tormenta de la profunda crisis económica actual y en el retorno neoliberal de la tecnocracia, hacia una “Ingeniería Financiera”. Y, a propósito: ¿no sería ahora el momento idóneo para volver a plantear el alcance analítico de la triada “voz-salida-lealtad” propuesta por Hirschman para replantearnos la viabilidad de la universidad pública europea en un proceso de armonización al servicio de intereses inmediatos de productividad y competitividad de los mercados? En este caso, la mencionada subordinación de la universidad pública como objeto de reflexión bien pudiera merecer un provocativo e inteligente juego de palabras por parte de Hirschman. En efecto, según confesión propia, el autor encontró en el azar de la combinatoria de “palabras” una fuente adicional, si no de conocimiento, sí de sugerentes reflexiones. A Hirschman le atrae encontrar nuevas acepciones en el lenguaje al uso como le sucedió con los fines constitucionales de *libertad* y *felicidad* a los que se debería añadir la “búsqueda” de ambos fines con un tercero no menos importante. Esta búsqueda se inspira en una lectura un tanto irreverente del ensayo sobre la “lógica de la acción colectiva” de Mancur Olson. No sorprende que su atención enfocara una aportación de la Public Choice, una escuela de pensamiento económico que *aggiornata* la esencia neoliberal con un ropaje de relaciones entre economía y política. La fascinación por los juegos de palabras e, incluso, la utilización frecuente de términos conjugados o pares de conceptos opuestos tanto por argumentaciones como para títulos expresivos de varias obras o artículos del autor. No debe sorprender, por tanto, la afición de Hirschman en la construcción de palíndromos, especialmente si están formados por varias palabras y que contienen una información coherente. Recordemos que el palíndromo es una figura de una o varias palabras que puede ser leída normalmente o hacia atrás. Por ejemplo, en lengua española, “Roma-amor” constituye un palíndromo simple. Al respecto, una de las últimas obras publicadas por Hirschman, bajo el seudónimo de Dr. Torpe, fue una colección de palíndromos titulado *Lines Senil*, constituyendo el mismo título un palíndromo en lengua inglesa.

Las lecciones de Hirschman también alcanzan no sólo al “qué” sino, también, al “cómo”. La visión omnicomprensiva de Hirschman es

plural, interdisciplinar, capaz de sintetizar el complejo discurso científico en una serie de términos referenciales e, incluso, metáforas que adquieren, por el rigor del contexto de análisis, una rica significación. Debemos destacar, también, la elegancia formal de los escritos de Hirschman: tributario de un pensamiento plural y transdisciplinar, y con continuas apelaciones autocríticas, su literatura es de difícil delimitación pues el ensayo, la autobiografía y las memorias, el estudio técnico, la crónica política... se suceden ágilmente en cada una de sus obras, con variedad de temas y volviendo sobre los mismos décadas después para valorar la vigencia de su propia trayectoria intelectual. Legado y lecciones de Hirschman que perteneciendo a la historia del pensamiento seguirá siendo fuente de inspiración para científicos sociales que estimen que el “canon” más que un rasgo adscriptivo de un autor concreto es un programa de trabajo, quizás no el más cómodo pero, sin duda, el más desafiante. Al igual que Joan Robinson, R. Prebisch, J. K. Galbraith o C. Furtado, Hirschman no logró el Premio Nobel de Economía. Dada la trayectoria de ambos galardones (apostando con harta frecuencia, el primero, por la corriente ortodoxa neoliberal y el segundo, por nombres propios reconfirmados en la escena científica), no deja de ser—a esta altura de la Historia y del devenir profesional de la Economía—un mérito adicional que el lector sabrá valorar en su justo término.